

El neologismo como ideología

“La lengua es un traje cubierto de remiendos hechos con su propio paño”.

Ferdinand de Saussure

I

“Una apología del buenismo”. Así calificó Giuliano Ferrara, en enero de 1998, a la película *La vita è bella* de Roberto Begnini. El político y escritor italiano, por entonces uno de los apoyos intelectuales de la Forza Italia de Silvio Berlusconi, introducía de esta manera un término hasta entonces sin uso en el sur de Europa. Incluso me atrevería a decir que inexistente. “Buenismo”, todavía sin el reconocimiento de ninguna academia nacional de la lengua a día de hoy, ha conseguido desde esa fecha una popularidad desmesurada.

Como pasa con todo neologismo, sus acepciones van configurándose con el tiempo. Mientras que con “buenismo” Ferrara criticaba el exceso de inocencia que caracteriza al centro-izquierda italiano de su época -en el que también se inscribe Begnini-; el objetivo de las críticas de quienes usan tal palabro abarca desde las iniciativas privadas en solidaridad con el tercer y cuarto mundo, hasta la tolerancia para con la inmigración.

Pero sobretodo reconocemos en “buenismo” su referencia a cualquier tipo de “indulgencia fácil”. Especialmente en políticas “de mano tendida”, basadas en el apaciguamiento y las concesiones para evitar conflictos. Sea en relación a altercados urbanos o a los supuestos estragos que el ocio deja en los “buenos modales” y en las prácticas cívicas. También refiere a sistemas educativos basados en la tolerancia generalizada hacia comportamientos problemáticos y al relajamiento en la disciplina.

Y no hemos agotado aún todas sus características. “Buenismo” tiende a la descalificación de manera estructural. La acepción bajo la cual debería leerse es la de “pecar de bueno”. Acentúa su carga de denuncia, de juicio negativo.

En todos los usos hay un mínimo tono despectivo. Hay un precedente en el inglés: *do-gooder*, literalmente “hacedor de bien, el que hace el bien”, palabra empleada igualmente de forma satírica.

Esta pequeña y apresurada disección de la palabra debe llevarnos a una pregunta que afecta a todo neologismo. ¿Existe ya una expresión o término equivalente que agote la mayoría de acepciones y matices del neologismo en cuestión? En caso afirmativo ¿Por qué necesitamos entonces una palabra nueva? ¿Qué nos lleva a usar de manera preferente “buenismo” y no “indulgencia” o el compuesto “indulgencia fácil”? ¿Qué nos lleva a generar neologismos?

II

A menudo utilizamos neologismos o bien para introducir nuevos conceptos - “Eurozona”, por ejemplo-, o bien para denominar de otra manera a conceptos ya existentes. Ferdinand de Saussure (1857-1913), para ceñirnos así a los planteamientos del autor del *Curso de lingüística general*(1916), plantea la existencia de dos tipos de neologismos dentro de la lengua (entendida ésta como sistema, como estructura formal): los aparecidos mediante la *analogía*, y los que lo hacen por *aglutinación*.

La analogía pertenece al funcionamiento normal de la lengua. Los constantes ajustes y reajustes que ésta realiza en el sí de su propio sistema, juegan un papel considerable, hasta más considerable que el de los cambios de sonidos. La lengua no deja de interpretar y de descomponer las unidades que le son dadas, y las innovaciones surgidas de tales procedimientos siguen parámetros análogos a las unidades ya existentes o a innovaciones que han devenido modélicas.

Un simple análisis de “buenismo” parece dejar claro el encaje de su aparición como neologismo dentro del proceder analógico. Aquí aplicamos el sufijo de raíz griega a un sustantivo. En efecto, la adición de “ismo” nos permite formar sustantivos que suelen significar doctrinas, sistemas, escuelas, términos

científicos, movimientos y actitudes. Un recurso harto utilizado y cuya adaptabilidad permite crear un significante nuevo casi en cualquier situación.

Saussure considera estos cambios creaciones pertenecientes a una dinámica diacrónica de la lengua. Ésta, como sistema, está condicionada por un hecho social fuerte. La lengua es la parte social del lenguaje, exterior al individuo, quien por si solo no puede ni crearla ni modificarla. No existe más que en virtud de una especie de contrato establecido entre los miembros de la comunidad.

Con la formación de "buenismo" y la consolidación de su uso en una comunidad de hablantes, se produce una ampliación en la cadena significativa. Y nos pone tras las huellas de una modificación del significante primordial. Esa ampliación, en nuestro caso, consistiría en acompañar a la "indulgencia fácil" de una connotación negativa que en un principio no tiene si atendemos de manera neutral al sustantivo y al adverbio que lo acompaña. Si es sólo eso ¿existe realmente aquello a lo que nos referimos con la palabra "buenismo"? Podría ser una mera veleidad, una especie de artefacto lingüístico.

Podría ser. Aunque la lengua tiene sus propios medios para hacer una criba con los cambios semánticos. Sólo retiene una mínima parte de las creaciones del *habla* - de la práctica conversacional concreta, el idioma, *el hablar*-; aunque las que duran sean bastante numerosas. En todo momento encontramos combinaciones sin porvenir que la lengua no adoptará. El lenguaje de los niños rebosa de ellas, porque los niños conocen mal el uso y todavía no están sujetos a él. Pero también el lenguaje de los adultos las ofrece.

En el caso que nos ocupa, es ese matiz crítico y burlesco que reside en "buenismo" el factor determinante que ha motivado su aparición. Y también lo que le ha hecho perdurar en el tiempo. Lo distingue como significante, como signo apropiado para referirse a una idea concreta. Pero, de nuevo, ¿tal idea existe? Asumamos por un momento que ese factor determinante ha sido introducido de manera artificial e innecesaria. ¿Son, entonces, el ánimo combativo y la ridiculización ideológica, un motor real para la creación de léxico nuevo, más allá de causas y categorías puramente lingüísticas?

Desde la lingüística, una explicación técnica y que aspire a un mínimo rigor científico parece que debiera excluir tal opción. Pero ¿Y si en alguna de las categorías formales como las que hemos presentado arriba, en su pretensión de clasificar y ordenar, comprendiera también el campo de acción desde donde se infiltra cierto desvío ideológico en la lengua?

III

Ya hemos tratado las vías que, según Saussure, permiten la formación de nuevas palabras. Pero no hemos resuelto aún si en estas vías hay algún elemento que pueda relacionarse con lo ideológico. Quizá arrojen algo más de luz sobre el tema los análisis de Jacques Lacan (1901-1981), quien en su tercer seminario - de 1984, sobre la psicosis- introduce dos nuevas categorías bajo las que agrupar la generación de neologismos.

Con la *intuición*, en primer lugar, tendríamos un disparate nacido a partir de un fenómeno que abruma al sujeto. Luego, y más afín a la composición de nuestra palabra clave, encontramos el nacimiento del neologismo mediante la *fórmula*. Una fórmula que se repite con insistencia estereotipada y que, según Lacan, adquiere significación cuando ya no remite a nada. Es un término vacío. Mientras el neologismo nacido de la intuición es para el psicoanalista francés una “palabra plena”, que sólo remite a sí misma; la fórmula en cambio detiene la significación con el vacío. En un caso en el término no hay nada. Y en el otro sólo está él mismo.

Sin duda podemos asimilar las categorías de Lacan como variaciones de las propuestas por Saussure. Por un lado, con el par *aglutinación / intuición*, encontramos las combinaciones propias de los juegos de niños -o del delirante, para Lacan-. Comparten un atributo importante: en ellas nunca interviene la voluntad. Por otro lado, con el par *analogía / fórmula* -donde inscribimos la formación de “buenismo”-, tenemos los ajustes y re-ajustes constantes en las palabras, derivando unas de otras a partir de acciones análogas, siguiendo

ciertas reglas (fórmulas, estereotipos), y sirviéndonos de alguna relación semántica existente.

Ahora bien, el interés que puede aportar en este punto la relación entre Lacan y Saussure, y que veremos cómo conecta con nuestro objetivo inicial, es otro. A saber ¿Qué *valor* tiene un término vacío? Para Saussure el *valor* es “la propiedad que tiene una palabra de representar una idea” (Saussure, *CLG*, 138). Los *valores* están siempre constituidos por dos factores: 1. Algo distinto de cualquier otra cosa, con la que puede intercambiarse, y cuyo valor debe determinarse. Y 2. Cosas similares a aquella cuyo valor se va a determinar.

Saussure considera el lenguaje como un sistema de términos interdependientes, el valor de cada uno no resulta más que de la presencia simultánea de los otros. Desentrañar el código o la cifra o la gramática de las correspondencias posibles entre las palabras y las cosas, o sus insoslayables estructuras, es tarea de la lingüística. Dar *valor* lingüístico es lo mismo que producir el sentido por medio del contraste de un signo lingüístico por su diferencia con los demás signos.

Encontramos el mismo caso en la tabla periódica que clasifica y ordena los elementos químicos en base a sus propiedades. Dichos elementos están organizados en grupos según propiedades químicas similares, como la *valencia*. La *valencia* química, al igual que el *valor*, funciona como garantía de la correspondencia, el contraste, la diferencia y la combinación entre los elementos.

IV

A partir de aquí la pregunta determinante es: ¿Puede haber un término de valor 0? Un término no intercambiable, no compatible, y al mismo tiempo no diferenciable, no contrastable. Por lo tanto intraducible, no asimilable. Un fantasma, un disfraz. Y no es mi intención utilizar una jerga veleidosa. Es el mismo Saussure quien la utiliza:

La vida de la lengua: no es un vestido, sino un disfraz. Bien lo muestra la ortografía de la palabra francesa *oiseau*, donde ni uno solo de los sonidos de la palabra hablada (wazó) está representado por su signo propio: de la imagen de la lengua no queda nada. (Saussure, 1945, p.83)

(Pero bueno, acabemos de una vez).

El vocabulario propiamente ideológico pretende eso que en Lacan realizan los neologismos: parar la significación. Y garantizar así su indestructibilidad. Según Lacan, el neologismo, especialmente el generado por la fórmula, es indestructible. “Mientras más no signifique nada, más indestructible es el significante” (Lacan, 2004, 265). He ahí la raíz ideológica que se esconde en ciertos procedimientos de creación semántica.

A eso mismo juega Humpty Dumpty, el personaje creado por Lewis Carroll en *Alice in Wonderland*, cuando crea adrede palabras incomprensibles. Gracias a ellas puede imponerse en su conversación con Alicia. Puede ser “quien manda”, tal como él mismo declara. Puede dominar. Esa misma es la estrategia de las ideologías. “Buenismo es Carroll está lejos de inventar una criatura fantástica: Humpty Dumpty no es nada más que la parodia de un ideólogo.

Parecería que las ideologías, al producir cosmovisión, al producir sentido, aspiran al pleno valor: significar lo reconocible, común, verdadero y deseable. Pero ese es su disfraz. A lo que aspiran las ideologías es a algo ligeramente distinto. La indestructibilidad. Para el pensamiento posmoderno las ideologías serán desmontables, “de-construibles”, pero en ningún caso nos han demostrado que podamos destruirlas.

Quizá “buenismo” no es exactamente una palabra vacía, pero no la necesitábamos ni antes ni ahora. Ya sabíamos qué era la indulgencia. Esto nuevo es sólo una trampa para dar cabida a ese factor diferencial de crítica ideológica, en el que se basa el significado específico de “buenismo”. Aunque

el objeto que ese factor representa no exista, sino que lo “pone” el sujeto, y hasta parte de una comunidad de hablantes. Si nuestro término fetiche no es de valor 0, es gracias a que se apoya sobre algo ya asentado -la indulgencia-. Pero por el resto, no amplía la significación. Sólo lo aparenta.

Una vez le quitas el disfraz, de la imagen de “buenismo” no queda nada.

Barcelona, 8 de julio de 2015

Bibliografía

Lacan, J.; *Seminario 3, La psicosis (1955-1956)*; Barcelona: Paidós, 1984

Saussure, F.; *Curso de lingüística general*. Edición, prólogo y notas de Amado Alonso. Buenos Aires: Losada, 1945